

legiada de la tierra, en un solar de héroes singulares, Cervantes lo dejó escrito: «Las armas en su punto y la hermosura en su extremo». En efecto, en su punto está la conquista, y la belleza está en Extremadura... Traéis ante nosotros, extremos de belleza y extremos de historia. Vuestros orígenes santanderinos son los extremos de Castilla; en el extremo de Roma hay una bellísima iglesia dedicada a Santa Susana. Que no olvidéis nunca lo que sustentáis, lo que valéis y lo que os valen. Sois hijas de algo, y podéis ser mañana, madres y transmisoras de mucho más, mujeres de trece Cáceres distintos, niñas de trece prometedoras Extremaduras. Enseñad a tanta juventud desafortunada del mundo lo que es tener casa señalada, sustento de una tierra que apenas nacéis se convierte en pedestal. ¡Qué trece Cáceres altos hay en vosotras, qué trece almenas de fortaleza para el más dorado de los castillos! Sí, aquí estaba El Dorado, que los héroes extremeños persiguieron algún tiempo. En vosotras está la tierra madre y fecunda de la provincia: sus campos prometedores, sus aguas pródigas y fuertes, sus bosques nutridos y fructíferos.

Trece eran los de la Fama, en la isla del Gallo, con Francisco Pizarro. Cada uno de ellos os ofrecería hoy una conquista como quien ofrece un madrigal. Nada es el tiempo, y no mata el tiempo al ideal. Aquellos hombres que hicieron América, vuelven hoy y pasan por su Trujillo, y sois vosotras las que salís a su encuentro. Son válidos los versos de Rubén:

«Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores».

«Pro vincere» de ayer, «pro vincere» de mañana. Y vosotras el premio de la victoria, la rosa de trece pétalos, hoy florecida en las almenas más altas de la «muy noble y muy leal» ciudad de Trujillo.

PUEBLO

Cualquier diccionario nos da de la palabra «pueblo» tres o cuatro acepciones afines entre sí y contiguas, pero matizadamente distintas. «Pueblo-aldea» con plaza enrollada, fiestas patronales y apodosos genealógicos. «Pueblo-región» raza, casi casta con idiosincrasia y raíces y folklore propios. «Pueblo», como sector el más humilde y a la vez el más soberano dentro del cuerpo social.

Yo soy de pueblo. Yo soy de ese triple y rico pueblo mío. ¡Quién...! ¡Quién me diera hablar sus idiomas...!

SOY de pueblo. Nací en Extremadura,
tierra de sol sin mar, tierra terrera.
Falso edén pero gleba verdadera
mi tierra es sepultura
y es cimiento, panera
y túmulo de hombres convecinos.
Mi pueblo es polvo y carne de caminos
- como todos los pueblos - sin frontera.
Tierra, patria del hombre
Por mi pueblo soy pueblo soberano.
Gracias a Extremadura soy paisano
de los hombres del mundo sin más nombre.
Me criaron
con patatas, torreznos y castigos.
Crecí. Me apedrearon

en la calle mis mejores amigos
 respondiendo a mis piedras y a mi boca
 pero es cierto, es verdad que nos queríamos
 —nos queremos aún— y nos reíamos
 en redondel tras la palabra loca.
 Aprendimos —nos enseñamos mutuamente—
 que la gente no es mala. Es buena gente.
 Mi pueblo limitaba con el campo.
 Al norte, cielo —pedrisco y golondrina—.
 Al sur, ovejas —peaje con zamarra—.
 Al este, trigo —sudor y harina—.
 Al oeste, viñedos —vino en jarra—.
 El canto era folklore en la guitarra.
 El folklore costumbre sin rutina.
 La casa, piedra verdadera y noble.
 El féretro de encina
 y el tálamo de roble.

Como la vida, la plaza de mi pueblo se alargaba
 montaraz, cada calle en un camino.
 ¿Dónde empezaba el pueblo y terminaba
 el campo de mi pueblo campesino?

Soy de pueblo. Palpé la vida cruda,
 la vida existencial
 con su palabra verdadera y ruda
 que sabe el bien y el mal
 sin convención, sin ciencia:
 la inocencia del justo es inocencia
 y el que vive del crimen criminal.
 No nací en un rosal;
 mi madre me parió mientras sufría
 y el pueblo se alegró porque tenía
 un hombre más.

La vida
 vive en mi pueblo, goza, canta, llora,
 engendra, alienta, anida
 unas veces pletórica y otras veces herida
 por la muerte. Ví, miré en mala hora
 morir de cerca al hombre, sus escombros
 junto a mí derrumbados y yertos.
 Luego, a hombros
 los llevábamos camino de los muertos
 — como Bécquer: «Dios mío...» —
 camino cuesta arriba del frío
 —y el salmo: «Como el heno...» —
 En mi pueblo la tierra tiene senos
 de tierra.

Silenciosos bajábamos
 al pueblo. «Ya somos uno menos...»
 Y llorábamos.

Soy de pueblo. Busqué buscando leña
 por los montes. La encontré. La abracé
 y en llamas floreció. Como una esposa
 calentaba el hogar. Soplé
 cara a cara su lumbre... Sudé
 bajo corona honrosa
 al medir los trigales desde la siembra al pan.
 En mi pueblo las espigas están
 más allá del sudor y del trabajo.
 Y el agua fina y leve
 que va montaña abajo
 es pura agua de nieve.
 A su lado, mi madre lavandera
 como en un «nacimiento» mujer risueña y breve
 pero mujer entera.

A mi abuelo le oí cantar. Cantaba
fandangos y yo —sombra y silencio— le seguía
arando y aprendía.
Sólo conmigo mismo, me alejaba
después y cara al viento repetía:

*«Tenemos que echá la cuenta,
vólgame Dios, mi Rocío,
tenemos que echá la cuenta
del tiempo que yo he perdío
desde que estoy en tu fragua
machacando el hierro frío»* (Popular).

¡Qué brío!
¡Qué coraje
de su reja cantora
abriendo, roturando el pecho mío!
¡Qué voz la de aquel hombre, tan salvaje,
tan bronca, tan señora!
Cantar, cantares... Mi abuelo
—como mi pueblo— cantaba porque sí, por biología,
por catarsis. Y el surco nos salía
a pulso, paralelo,
la simiente derecha,
sabroso el pan y justa la cosecha.

He de volver en carne. En certidumbre
he de volver. Presiento mi regreso.
Gravito hacia mi tierra como un peso,
como un pesar, como una pesadumbre.

Arbol en ascuas. Ascuas que son lumbre.
Lumbre que es llama y va sin contrapeso,
me voy, me estoy ya yendo, ido, preso
de raíz, de recuerdo y de costumbre.

¡Ay pueblo de mi pueblo, que me llevas
elástico mi pecho y las miradas!

¡Ay tierra de mi tierra, que te llevo

en mi descalzo corazón y cebas
—cuando como— mis hambres no saciadas
y mi sed de venero cuando bebo!

A MIS HIJOS

Hijos,
mis hijos,
que nunca habéis nacido.

De todos mis fantasmas y quimeras
sois vosotros los que más me queréis,
los que a diario para más reincidencia,
alevosos, premeditadamente,
venís, desde el acuario de vuestra lejanía
y os acercáis a mí.

Rozáis mi carne,
os colgáis de mi cuello

o removéis mi sueño despertándome.
 ¿Quién ha sido el que ha roto
 el cristal que nos separa?
 ¿Habéis llegado a tanto? ¿O es que he sido yo acaso
 a empujones de sueño?
 Yo os traje. Vosotros no sabíais.
 Yo medí vuestros nombres en el viento
 y aquí estáis a mi lado
 en medio de la plaza del pueblo.
 Acurrucaos tras mí que yo os defienda
 si la gente se mete con vosotros...

Hay un muchacho que suda como un toro
 bajo su niki de color butano
 y se va sin decir nunca adónde...
 Hay una niña — ¡cuánto la quiero, Cristo! —
 que ha nacido con un defecto físico, incurable.
 Hay más niños. Sin número
 mis hijos. Hay una arquitectura,
 y unos libros de texto,
 y un oso reventado.

Mi casa está animada de invisibles juguetes,
 mis sueños
 están estremecidos de sus llantos
 y las paredes del corazón están escritas
 de cien mil garrapatos
 a lápices de colores inéditos.
 Estáis aquí, rondándome
 vuestras risas, vuestra lengua de trapo,
 vuestras preguntas abiertas como ojos...
 No me dejáis tranquilo.
 Me siguen por la calle vuestros pasos
 y llaman vuestros gritos a mis puertas

taladrándome el tímpano, dictándome,
 fundidas vuestras voces con mis versos...

Yo soy una sangre vertida,
 una espiga aventada, trillada por el viento.
 Soy un espejo roto, desparramado
 en los niños que topo en mis caminos.
 Todos sus nombres me suenan a mis hijos.
 Todos los ojos cuadran bien con sus risas.
 Todas las risas son puente de sus llantos,
 todos los llantos,
 todos los juegos son juegos de mis hijos.
 La vida toda es vida de mis hijos,
 es vida mía suelta,
 disuelta,
 diluída por ahí entre los hijos de los hombres.

Pongo a Dios por testigo de que es así.
 El me lo tenga en cuenta.

JOSE LUIS MAJADA NEILA

